



Universidad Nacional de Rosario Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final *(Des)Bordes: Una lectura psicoanalítica del
"Borderline"*

Modalidad de presentación: Ensayo

Autor: Medina Octavio Luis

Legajo: M-5953/6

DNI: 39.119.961

Docente Responsable: Faccendini Jorge

-2024-

Agradecimientos

Gracias a la vida que me ha dado tanto.

•Agradecimientos.....	2
•Resumen.....	4
•Introducción.....	5
•Desarrollo.....	9
I. Presentación del cuadro	9
II. Estructuración... ¿Fallida?.....	10
III. ¿Bordes?.....	15
•Conclusiones.....	17
•Referencias Bibliográficas.....	20

Resumen

El presente ensayo aborda la problemática “borderline” desde una perspectiva psicoanalítica. Esta “estructura” ha sido pensada desde los comienzos como ocupando un lugar intermedio entre neurosis y psicosis. Es en el concepto fundamental de “borde” que se introduce la diferencia de abordaje. Este deja de ser entendido en términos de “ubicación” y pasa a ser puesto en cuestión. Se plantea, como hipótesis, que lo propio de estos sujetos se resume en: un des-borde estructural y un des-borde como modalidad de retorno. La argumentación desplegada da cuenta de tres puntos clave: una diferenciación específica de sus “manifestaciones psicopatológicas”; un recorrido por los tiempos estructurantes del psiquismo; y una especificación sobre los

bordes de los se trata. Por último, se concluye hallar, en estos sujetos, algo fallido en los tiempos de inscripción que hacen a la estructuración psíquica, y una relación directa entre eso fallido y la ausencia de bordes.

Palabras clave

Psicoanálisis, Borderline, Borde, Estructura.

(Des)Bordes: Una lectura psicoanalítica del “Borderline”

Introducción

A mitad del pasado siglo XX comenzaron a proliferar en las consultas de psiquiatras, psicólogos y psicoanalistas pacientes cuya sintomatología se presentaba de forma difusa y variada. Marcada inestabilidad emocional tendiente a los cambios bruscos; una notable predisposición por actuar de un modo impulsivo e incontrolado, derivando en autolesiones y explosiones de violencia o tristeza; un considerable déficit

en la simbolización; inestabilidad respecto a la vivencia de la propia imagen (el narcisismo presenta una especie de estado subjetivo relativamente frágil y fácilmente amenazado en su equilibrio); relaciones interpersonales intensas e inestables que pasan rápidamente de la idealización a la devaluación; propensión a las adicciones y los intentos suicidas, entre otras. Esta podría ser una suerte de carta de presentación patognomónica de dichos sujetos.

Lo llamativo era que estos pacientes no respondían a los tratamientos habituales y parecían no encajar en la nosología de la época. El término "borderline", utilizado para describir un grupo de pacientes que no obtenían provecho del psicoanálisis clásico y que no encajaban en las categorías estándar de "neurótico" o "psicótico", fue introducido al campo psicoanalítico por Adolf Stern en 1938.

Desde 1980 hasta la fecha, el "borderline" viene siendo ampliamente estudiado e investigado desde el psicoanálisis. "Estados límite", "organizaciones fronterizas", "estructuras borderline", "a-estructuras", "personalidades falsas", son algunos de los nombres bajo los cuales ha sido recubierto. Sin embargo, aun habiendo acuerdo entre las corrientes en la descripción de ciertos fenómenos psicopatológicos que los caracteriza, las diferencias de nominación implican necesariamente diferencias teóricas y técnicas, que impactan tanto en la dirección de la cura, como en muchos otros aspectos clave.

Todas las investigaciones recientes se han centrado, principalmente, en recopilar qué es lo que han formalizado al respecto las figuras más relevantes en estudiar el tema. Es por esto que hemos decidido introducirnos a la cuestión a partir de exponer cuales son los desarrollos que se le han dado a lo que consideramos los conceptos más importantes (presentes en la mayoría de los nombres adjudicados) del cuadro, la cuestión del borde o límite y cómo se relaciona con la estructura o personalidad. Con la exposición de estos desarrollos, lejos de una pretensión de unificación en la denominación, buscamos, a partir de establecer puntos de conexión y diferenciación

5

con las corrientes, encontrar alguna idea fecunda que nos diga algo más del tema, no reduciéndolo a sólo otra forma de nombrarlo.

Históricamente, desde el campo del psicoanálisis (campo no unificado, claro está) las dos figuras más relevantes en el desarrollo de la temática "borderline" han sido Otto Kernberg y Jean Bergeret. El primero considera que "la organización fronteriza de la personalidad" "describe a pacientes que presentan una organización patológica de la personalidad, específica y estable y no un estado transitorio que

fluctúa entre neurosis y psicosis” (Bilbao Ramírez, 2009, p. 83). Ahora bien, como decíamos, la clave está en cómo es pensado el límite y su relación con la estructura, y en el caso de la psicología del yo, a pesar de considerar al fronterizo como organización estable, da por supuesto el pasaje de estructuras en tanto se modifique la cantidad de “núcleos psicóticos”. A menos núcleos psicóticos más cerca de la neurosis, a más núcleos, más próximo a la psicosis y entre medio la organización fronteriza con una cantidad “mediana”. Está claro que esta postura piensa “las estructuras clínicas como un continuo progresivo (Kernberg y Psicología del yo) en donde las diferentes estructuras colindan unas con otras, siendo el límite una línea divisoria que supone una separación por medio de cantidad de algún elemento” (Bilbao Ramírez, 2011, p. 51). Entonces, el límite aquí es algo entre estructuras continuas, siendo el mismo franqueable y siendo el fronterizo quien se ubica “establemente” en ese borde.

En el polo opuesto encontramos a Bergeret, quien lo considera una “organización provisional”. El autor distingue las personalidades “normales” de las “pseudonormales”. Las primeras corresponden a estructuras profundas, neuróticas e incluso psicóticas, estructuras estables y definitivas. Las personalidades “pseudonormales”, al contrario, “no corresponden exactamente a una estructura profunda, estable y definitiva, del tipo neurótico o psicótico. No son propiamente estructuradas ni en un sentido ni en otro y están constituidas de forma a veces duradera, pero siempre precaria” (Cosentino, Arias, & Pérez Testor, 2017, p. 6). Ahora bien, a pesar de la diferencia, vemos que el límite acá también es pensado como un “entre estructuras”, ya que “entre las dos líneas estructurales, psicótica y neurótica, Bergeret sitúa el que denomina espacio de los estados límite, donde todo es menos rígido, menos estable estructuralmente y, por tanto, mucho más susceptible a cambios” (Cosentino, Arias, & Pérez Testor, 2017, p. 8). Entonces, la estabilidad de las estructuras verdaderas implica la imposibilidad del pasaje de estructura, pero, lo que queda en duda, es si esa precariedad y apertura a los cambios con la que es señalada “lo límite” es susceptible o no de tal destino.

Finalmente, en nuestro afán de efectuar un corrimiento respecto a estas producciones, ubicamos una tercera postura, la lacaniana, que, a pesar de las

6
inconmensurables diferencias entre escuelas, comparte (en su mayoría) una consideración común. Los límites al interior de una estructura se relacionan con lo que sucede con la inscripción del significante del Nombre del Padre. El “significante del Nombre del Padre; este opera o no. La ley del significante es del todo o nada y su resultado es o Neurosis (todo) o Psicosis (nada). Esto elimina la posibilidad de pasaje de estructura” (Cassareto, 1999, p. 2). No obstante, las mayores diferencias entre

estas tienen que ver, justamente, con lo que sucede con esta inscripción en el “borderline”. Lo que determina que cada escuela se empeñe en conceptualizaciones muy diferentes.

Aun así, podemos servirnos de otra consideración común, ya que “encontraremos en Amigo y Miller una vertiente deficitaria en lo Límite, como algo que no ocurrió en comparación con la neurosis. Rassial lo piensa como otra subjetividad, que no necesariamente supone una falta sino un modo de anudamiento diferente” (Bilbao Ramírez, 2011, p. 28), pero rápidamente vemos que “aunque Rassial plantee en cierto sentido una nueva subjetividad queriendo eliminar el ideal del nudo borromeo, de igual modo plantea puntos donde algo no operó o funcionó de manera distinta a la neurosis” (Bilbao Ramírez, 2011, p. 29). Esto nos permite leer la consideración de “lo límite” relacionada a algo que no se dio.

Entendemos que lo recién señalado nos indica un camino a seguir ampliando, más aún cuando, a pesar de las diferencias entre las posturas desarrolladas, encontramos “una concordancia en todas las orientaciones, la cual giraría en torno a dificultades en la castración y en la constitución del narcisismo” (Bilbao Ramírez, 2011, p. 128). “Es importante destacar que para las distintas posturas dentro el psicoanálisis, existe algo del orden de la estructuración psíquica que está de algún modo afectado, en suspenso, trastocado o simplemente indeciso” (Bilbao Ramírez, 2009, p. 92).

En resumen, esta breve introducción al tema nos ha enseñado que, desde el comienzo mismo, la mayoría de las posturas, incluso algunas lacanianas (las cuales son muy difusas al respecto), han pensado lo borde, lo límite, en relación a lo que sería el “entre estructuras”. La relación de estructura y límite tiene, en la mayoría de las corrientes, un sentido de “ubicación”. Es decir, lo borde es lo limítrofe entre estructuras. Y de ahí surge la pregunta si esta sería otra estructura más o una suerte de estado transitorio que no termina por decantarse, y si existe o no el pasaje de estructuras.

Nuestra postura pretende distinguirse justamente en su consideración de lo límite, que deja de tener el sentido de ubicación, del “entre estructuras” y comienza a abrirse camino en relación a una lectura señalada en las propuestas lacanianas. Una idea quizá inexplorada en la consideración del borderline como una “patología del límite”, considerarlo una patología del límite, pero del límite desdibujado. Esta idea plantea una suerte de inversión por la que ya no se entiende al sujeto borde como aquel

que está entre estructuras, sino que, la cuestión principal por la cual se ha reconocido a este sujeto históricamente (lo borde), es precisamente lo interrogado. Ahí es donde

nos servimos del punto en común, señalado por Bilbao (2011), en todas las corrientes psicoanalíticas que hablan al respecto, en tanto resaltan la importancia de algo que no se produjo, de alguna falla en la estructuración. Es principalmente gracias a esto último y a la brecha abierta por la postura lacaniana, por lo que nuestra hipótesis apunta a la comprensión del “sujeto borde”, pero introduciendo una nueva perspectiva, considerarlo “sujeto del (des)borde”. Si entendemos que esta idea aporta algo más que una nueva denominación, es porque permite reunir, en sí, dos órdenes. Por un lado, lo que sucede a nivel estructural: el desborde en el sentido de “lo sin bordar”, de las inscripciones estructurantes que no se produjeron. Por el otro, lo que sucede con estos sujetos a nivel “sintomático”: el desborde en el sentido de “lo que rebalsa”, consecuencia del punto anterior, y que vemos reflejado en ese pobre control de los impulsos, en los drásticos cambios de humor con estallidos de ira, en la tendencia a las adicciones, los permanentes acting out y pasajes al acto.

Desarrollo

I. Presentación del cuadro

Cuando hablamos de pacientes “borderline”, como anticipamos, nos referimos a aquellos que comúnmente han sido entendidos como inclasificables, e incluso inanalizables. ¿Por qué? Comencemos, en el trayecto de construcción tentativa de un fundamento a nuestra hipótesis, por exponer de forma más explícita y acabada de qué se trata, con qué nos topamos, cuando estamos ante un paciente que es encasillado bajo este rótulo. Esta presentación nos parece fundamental como primer paso argumentativo. Para no “pedalear en el aire”, es preciso conocer no solo los mecanismos estructurales que influyen en la determinación del cuadro, sino, concretamente, con que nos encontramos en el terreno, dándole mayor profundidad a lo que en las primeras líneas mencionamos como su carta de presentación.

¿Cómo se presentan estos pacientes? Silvia Amigo (1995) nos lo detalla, resaltando principalmente unas relaciones “locas” de los mismos con su propio cuerpo, en la que entra en juego la ingesta peligrosamente excesiva o escasa de alimentos y otras sustancias, tanto alcohol como drogas. Además, destaca la forma reiterada en la que atentan contra su vida, no solo ligado a estos excesos que cometen sobre su cuerpo, sino a los intentos de suicidio. Finalmente, refiere a estos pacientes como actuadores, como personas que se la pasan de acting out en acting out “para mostrar obstinadamente lo que no termina de inscribirse para ellos” (Amigo, 1995, p. 2).

Hasta acá no tenemos algo nuevo; es necesario comenzar a hilar más fino para ir haciendo una puntualización que desmarque, a estos pacientes, de otras estructuras, en tanto lo expuesto no podría ser reducido a algo exclusivo de lo “border”. Amigo (2005) nos habla entonces de una “brecha insalvable” entre, por un lado, un discurso que de ninguna manera podría calificar como psicótico “su discurso tiene direccionalidad, significa, se dirige a un nódulo de escritura. Por lo tanto, no derrapa en el delirio” (p.

254) y, por otro lado, esto que podríamos calificar como actos “endemoniadamente locos”. Esa brecha es calificada de insalvable porque, a pesar de no estar fuera de discurso, tampoco podrían ser calificados como neuróticos ya que “el cuerpo y sus acciones parecen no haber encontrado la eficacia de ese punto de detención. El cuerpo de estos pacientes parece un cuerpo loco, sostén de actos locos que hacen que sean considerados de riesgo” (Amigo, 2005, p. 255). Además, podemos leer que su fracaso auto confesado y presentación doliente “están bien lejos de evocar ese soberbio saber hacer sobre el goce que caracteriza al perverso” (Amigo, 1995, p. 2).

Entonces, una vez distinguidos de la tripartición estructural clásica, resaltamos que, a pesar de contar ciertos “rastros de escritura”, tal como nos advierte Haydée Heinrich (1993), estos sujetos no pueden disponer de los recursos del significante para

hacerse representar por un síntoma. Sus “manifestaciones psicopatológicas” no podrían ser llamadas síntoma tal como las entendemos en términos neuróticos; es decir, “habría en estos pacientes ausencia de lo que conocemos como formaciones del inconsciente” (Heinrich, 1993, p. 11). Ahora sí comenzamos a vislumbrar qué de estas “manifestaciones psicopatológicas” nos indican una modalidad propia de estos cuadros. Lo que indicamos como “su presentación” da cuenta de “una falta de confianza en el significante: es una a-dicción” (Heinrich, 1993, p. 11), que refiere tanto a la imposibilidad de hacerse representar por un síntoma, de producir formaciones del inconsciente, como de asociar libremente. Es a partir de estas observaciones que Heinrich (1993) va a recortar tres constantes en estos pacientes: la dificultad en la transferencia, la presencia de un trauma infantil no reprimido y el acting out (en el que reúne tanto las actuaciones, las adicciones e impulsiones que no son formaciones del inconsciente). Esto cifra, para nosotros, su presentación y nos permite terminar de desligarlos de otras estructuras, a partir de un último señalamiento.

Cuando pensamos en una estructura y su “sintomatología”, esta última es pensada como una “modalidad de retorno”. ¿Retorno de qué? Del efecto de aquello que se haga con esa marca inaugural que es el Nombre del Padre. En tanto “estamos acostumbrados a definir a las tres estructuras según el modo en que se tramita en cada una la marca de la operación del Nombre del Padre” (Amigo, 1995, p. 2), entendemos que para la psicosis hay forclusión del Nombre del Padre; para la perversión: renegación de la marca; y para la neurosis: represión fundante. La forclusión implicará, entonces, un retorno en lo real de lo no simbolizado y para la neurosis un retorno de lo reprimido (en términos significantes, como formación del inconsciente). Lo que nos lleva a la cuestión de tener que dilucidar qué sucede con esa marca inaugural y con los mecanismos estructurantes en el “border”, como para encontrarnos con modalidades de retorno que se presentan al modo de actuaciones, impulsiones y adicciones, es decir, como imposibilidad de hacerse representar por un síntoma en términos significantes, dando cuenta de algo que insiste como escritura fallida, como a-dicción.

II. Estructuración... ¿Fallida?

El siguiente paso en nuestro recorrido nos lleva a la necesidad de desentrañar qué ocurre en este tipo de pacientes a nivel de la estructuración psíquica, en tanto el germen de nuestra premisa nace de los postulados que afirman que algo en ese nivel falló o se produjo en forma deficitaria.

Nos serviremos, en la continuación de nuestra argumentación, de las conceptualizaciones y formalizaciones llevadas a cabo por Silvia Amigo y Haydée

Heinrich. Es a partir de las articulaciones y lecturas que realizamos sobre sus propuestas, que consideramos haber encontrado la vía para constituir un argumento consistente sobre aquello que mencionamos: lo que estructuralmente queda “sin bordar”.

Para comenzar, nos parece importante remarcar que para ambas la estructuración psíquica no es algo que se produzca de una vez y para siempre, sino que “la estructura, que viene de Otro en forma sincrónica, deberá ser incorporada, asumida en varias pasadas de escritura en la diacronía del tiempo” (Amigo, 2005, p. 256). Ahora bien, “puede suceder que en cada uno de estos pasos haya fallas de escritura” (Amigo, 2005, p. 257). Estas fallas de escritura son siempre respecto al modelo “normativo” de la neurosis.

Empezamos con Heinrich (1993) para quien la inscripción del significante del Nombre del Padre, y la consecuente instauración de la neurosis, implica por lo menos dos tiempos. Estos dos tiempos serán abordados de distintas maneras. Una está ligada a un planteo de Freud (1989) en “Sinopsis de la neurosis de transferencia”, donde liga las estructuras a lo que sucede con el asesinato del padre primordial, en dos tiempos. Si hay asesinato (primer tiempo) y duelo (segundo tiempo) estamos ante una neurosis; si no hay asesinato, ni duelo ante una psicosis. Esta es su primera aproximación a especificar que lo llamativo en estos “pacientes de borde” estaría ligado directamente a un primer tiempo, que halla inscripción, y a un segundo tiempo, fallido.

Entonces, el primer tiempo, que para ella “tendría el valor de la inscripción del significante del Nombre del Padre” (Heinrich, 1993, p. 28), es lo que llama “trauma”, el cual se sostendrá como tal, siempre actual, de no efectuarse el segundo tiempo. De ahí que sostenga como hipótesis que: trauma (primer tiempo) y represión del trauma (segundo tiempo) = retorno de lo reprimido, formaciones del inconsciente, síntoma y transferencia. Mientras que: trauma sin represión= actualidad del trauma, conductas impulsivas, dificultad en la instauración de la transferencia y falta de confianza en el significante.

Este trauma estructural va a ser pensado en los dos tiempos de su elaboración a partir del fort-da, según lo propuesto por Freud (1948b) en “Más allá del principio de placer”. Donde el primer tiempo es leído como renuncia pulsional, al que Heinrich homologa a la represión primordial como operación fundante. Esta renuncia pulsional es renuncia a un goce. “Momento traumático de corte con el Otro primordial; traumático y fundante a la vez. Situamos entonces el trauma en este primer tiempo de Renuncia Pulsional que indica Freud, y leemos allí una primera eficacia de la metáfora

paterna” (Heinrich, 1993, p. 32). El juego del fort-da va a ser pensado como segundo tiempo, elaborativo, de un trauma producido en un primer tiempo.

11

Ahora bien, si el niño juega a repetir algo traumático y displacentero es lo que a Freud (1948b) le permite suponer un “más allá del principio de placer”, es decir, no podemos suponer que de entrada todo esté bajo el régimen del principio de placer; debe lograrse un paso previo para entrar dentro del proceso primario, “esta tarea previa es la ligadura” (Heinrich, 1993, p. 32). Entonces, el niño repite el juego en su intento de elaborarlo psíquicamente, de ligarlo, de hacerlo entrar dentro del principio de placer para que, por lo tanto, deje de funcionar según la lógica de este más allá, que “es uno de los nombres de lo Real en Freud” (Heinrich, 1993, p. 43). En el juego del fort-da, paso al registro simbólico como ligadura de lo traumático, ese corte (traumático) va a adquirir una cobertura fantasmática y una articulación significativa. “La articulación significativa y el fantasma son maneras de hacer con la castración con la renuncia pulsional fundante” (Heinrich, 1993, p. 33).

Hemos llegado a remarcar la importancia de este segundo tiempo de ligadura, pero también de duelo, en la estructuración. Segundo tiempo que, como advertimos, falla en estos pacientes y “que dejará como resto el trauma siempre actual de una renuncia pulsional que no habría logrado un fort-da que la represente” (Heinrich, 1993, p. 33). Pero la cosa no termina acá, sino que esta secuencia nos permite reconocer un tercer tiempo, al que Heinrich (1993) llama “Juicio del Otro”.

Si tenemos un primer tiempo de renuncia pulsional y un segundo tiempo donde el niño juega a las idas y venidas de la madre expresando ese ¡ooo! (fort)-¡aaa! (da), es necesario un Otro que sancione e interprete la manifestación del niño, para que se constituya el fort-da como primera oposición simbólica. Entonces, este tercer tiempo es vital para la producción del segundo. No es lo mismo que el niño diga ¡ooo! y que a la madre le de igual, a que lo interprete puesto que “hay una convalidación por parte del Otro, de que se trata de un registro compartido, y en tanto tal, legible, interpretable” (Heinrich, 1993, p. 36).

Finalmente, llegamos a una conclusión: el Juicio del Otro es condición del fort da en estos tiempos instituyentes. Este desfallecimiento del Otro en un tiempo instituyente para el sujeto tendrá como resultado lo que llamábamos “la falta de confianza en el significante”. La ausencia del juicio del Otro que sancione las manifestaciones del niño nos permite leer lo fallido del segundo tiempo en estos sujetos.

Podríamos sintetizarlo diciendo que “un trauma que no obtuvo una conveniente articulación significativa, no tendrá la posibilidad de caer bajo la barra de represión, es decir que no podrá retornar como formación del inconsciente; tendrá que retornar de

otra manera” (Heinrich, 1993, p. 39).

Pasando a las formulaciones de Silvia Amigo, empezamos de la misma manera, destacando que: es en los sucesivos tiempos de inscripción que hacen a la

12

estructuración psíquica, donde hallamos el quid de la cuestión. “La neurosis se funda en la represión de la marca del Nombre del Padre y por esa vía hace advertible la castración fálica” (Amigo, 2005, p. 263). Ahora bien, Amigo sostendrá, a partir de la frase “la castración quiere decir que es preciso que el goce sea rechazado, para que pueda ser alcanzado en la escala invertida de la Ley del deseo” (Lacan, 2008, p. 786), la necesidad de pensar una eficacia de la misma lograda en dos tiempos. En el primero nos habla de que “el goce a rechazar de la frase antecitada de Lacan es el pulsional. Y este rechazo se cumple en el tiempo represivo de la pulsión” (Amigo, 1995, p. 2), mientras que el segundo tiempo implica re-alcanzar algo de ese goce en la escala invertida de la ley del deseo, es decir, a través de un objeto sustituto brindado al fantasma. Algo clave para nuestro desarrollo es considerar que “no estará concluida la eficacia de la castración hasta que el sujeto no encuentre un modo de recuperar el goce” (Amigo, 2005, p. 263).

Ya comenzamos a entrever cierta cuestión que nos remite directamente a lo antes trabajado, porque algo en ese segundo tiempo va a ser fallido. No obstante, para llegar a eso debemos hacer un recorrido previo, preguntándonos primero: ¿Cómo es que pasamos de la pulsión al deseo, permitiendo recuperar el goce según una escala “legal”? Bien sabemos que la pulsión carece de objeto y que para nosotros el deseo se sostiene en el fantasma. Entonces, Amigo (2005) va a sostener que además de haber incorporado y pasado al inconsciente el significante del Nombre del Padre, y de haber inscripto el significante fálico, el sujeto debe poder llegar a constituirse un fantasma donde pueda ficcionar el dar a la pulsión algún objeto, ya que “es, en principio, a través del canal fantasmático que el sujeto va a poder recuperar el goce” (p. 266).

Aquí pasamos a una parte fundamental en la argumentación, en la que el señalamiento de un “tercer tiempo” está relacionado a cómo la castración afecta al registro imaginario, a la inscripción del $-\phi$, y, por lo tanto, a la constitución del fantasma. Para esto, la autora nos recordará, junto con Freud (1948a), que la represión no es el primer destino pulsional, sino que es antecedita de la transformación en lo contrario y el retorno contra sí mismo. Estos dos destinos pulsionales apuntan al yo, que será el primer objeto de la pulsión. Sin embargo, no hay tal cosa como “un yo” dado de entrada, sino que es necesario ese “nuevo acto psíquico” que es la constitución del narcisismo, que “imprimirá al conjunto del cuerpo, fundacionalmente, la impronta de la medida fálica del Otro” (Amigo, 1995, p. 3).

Como advertimos, este punto es crucial en tanto lo que leemos aquí es la relevancia que toman las condiciones y modos en los que el sujeto fue nombrado en su narcisismo. Este nuevo acto psíquico le otorgará al niño una unidad imaginaria, pero no todo es tan fácil, ya que el Otro no da al niño una imagen objetiva de las cosas, sino aquella que lo haga para él un objeto de satisfacción. Aun así, si en el Otro las cosas

13

están “en regla”, se inhibirá de usar al niño como instrumento de su goce. Por lo tanto, “bien decir” a un niño en la constitución de su narcisismo implica nombrarlo como “su majestad el bebe”. “Esta majestuosa atribución coloca bien el velo de engaño normativo de amor por sobre la voluntad de goce” (Amigo, 2005, p. 270).

¿Por qué nos interesa la constitución bien-dicha (normativa) del narcisismo? Porque nuestro interés viene indagando las formas en como recuperar el goce a partir de brindarle un objeto al fantasma, y la atribución primera normativa, que cuenta con el velo del amor, “hace que en la imago misma aparezca la muesca, el trazo de aquello de lo que el gran Otro se inhibe de apropiarse en términos de goce” (Amigo, 2005, p. 271). Esta muesca abierta por el trazo unario en la imago -el (-φ) como castración imaginaria

permitirá al niño escapar de la captura especular, armar un imaginario no especular (fantasmático) y no quedar plenamente tomado como objeto de goce para el Otro. “Recién entonces, el objeto a se ha colocado para el sujeto fantasmáticamente, lo cual le permitirá darse un objeto” (Amigo, 2005, p. 272). Es decir, volvemos a encontrarnos con la suma relevancia de este tercer tiempo, en este caso, de inscripción del -φ, para que el segundo tiempo, el de darle un objeto al deseo, sea efectivamente logrado.

Pero no todo es color de rosas; y lo que destaca Amigo (2005) es la asiduidad con la que, en la clínica, se topa con sujetos que han sido mal-dichos y hasta injuriados en esa atribución primera (narcisista). Esto nos permite suponer muchas cosas. En primer lugar, que no habría tal cosa como la inhibición del uso instrumental del niño en términos de goce. En segundo lugar, siguiendo con la conceptualización, entendemos que en estos casos “no aparece -φ en la imagen del espejo” (Amigo, 2005, p. 272). Es decir, en estos casos, si bien se constata la eficacia de la represión, en el sentido de que no toda demanda pulsional puede ser satisfecha, el gran problema es que no hay retraducción imaginaria de la eficacia lograda de los registros simbólico y real, entonces “lo imaginario no termina de recibir los efectos normativizantes de la castración, que debiera ser vivida ahí como herida narcisista” (Amigo, 2005, p. 273). El sujeto puede rechazar el goce, pero al verse detenida la constitución del fantasma por falta de traducción imaginaria, el sujeto padece de

“fracaso del fantasma”. Esto trae sus consecuencias: no encontrará forma de recuperar el goce según una escala legal y el sujeto vivirá a su yo como un entero gozado, llevándolo incluso, en su afán por negativizar el cuerpo como objeto de goce, a cometer suicidio.

De ahí que destaquemos este tercer tiempo y la relevancia del fantasma en tanto “hace que no sea cualquier cosa lo que se consume en el goce, sino algo que no puede ser sin marca, sin borde, sin cifra, ni escena” (Amigo, 2005, p. 273).

Esta última cita contiene un guiño sobre las formulaciones que venimos intentando sostener desde el corrimiento señalado en las primeras páginas respecto a

14

uno de los conceptos fundamentales del tema. Por consiguiente, nos abre el camino hacia nuestro siguiente paso.

III. ¿Bordes?

Retomando nuestra senda inicial, una de las primeras cosas que interrogamos fue, justamente, la cuestión del borde. Aquel que, históricamente, había sido pensado de forma mayoritaria en términos de ubicación, del entre estructuras. En los primeros corrimientos respecto a estas posturas, intentábamos sacar al “borderline” de este limbo indeterminado, quedándonos con este concepto, que consideramos fundamental en estos cuadros, para ubicar una forma diferente de concebir “el borde”, proponiéndolo como algo desdibujado.

No dejó de sorprendernos encontrar que tanto Amigo como Heinrich sostenían posturas similares respecto a desbancar esta pretensión, de larga data, de ubicar al borderline entre estructuras. Leemos abiertamente en sus textos que “no sería conveniente ubicar al borderline en una franja indeterminada entre neurosis y psicosis” (Heinrich, 1993, p. 27), y aun de forma más concisa, que “ubicar a estos sujetos a medias aguas entre neurosis y psicosis, ni nos parece riguroso ni proporciona herramientas convenientes para pensar su abordaje” (Heinrich, 1993, p. 28). Amigo (2005) no solo será contundente al respecto, declarando abiertamente que “no hay intermedio estructural entre las grandes estructuras en las que puede alojarse una subjetividad” (p. 254), sino que, además, nos da el pie para retomar aquello que orienta nuestra propuesta. Lo realmente relevante, respecto a este concepto fundamental, no es de ninguna manera lo que pueda ser pensado como “entre estructuras”, “no se trata de esta clase de bordes” (Amigo, 2005, p. 254).

Entonces, ¿de qué bordes se trata? Taxativamente diremos que “los bordes de los que se trata en la clínica en los bordes, son los bordes de la escritura, bordes cuyo

trazado puede haber fracasado total o parcialmente” (Amigo, 2005, p. 279). Estos fracasos o fallas en la escritura son los que fundamentamos a partir de los desarrollos de las autoras señaladas en el apartado anterior.

En Heinrich, este fracaso de escritura está relacionado principalmente a la imposibilidad de ligar y elaborar simbólicamente el trauma (hacerlo entrar al juego significativo y al principio de placer), por ausencia del Juicio del Otro; mientras que, en Amigo, leíamos una operación de castración fallida, que a causa de una atribución primera injuriosa impide horadar lo imaginario y anotar el $-\phi$, lo que deriva en un fracaso del fantasma y en la imposibilidad de re-alcanzar el goce en la escala invertida de la ley del deseo, ofreciéndole a éste un objeto fantasmático.

15

Ahora bien, en ambas autoras también encontramos indicada esta relación entre lo que cada una propone como inscripción, o más precisamente, como inscripción fallida y la consecuente ausencia de bordes. Obteniendo como resultado aquello que indicamos como (des)borde, ahora en su aspecto “sintomático”, como modalidad de retorno. Es decir, la ruina impulsiva, las adicciones, los acting out y los intentos de suicidio.

Haydée Heinrich (1993) destaca el segundo tiempo, el del fort-da, como fundamental en la estructuración por la elaboración que impone a lo traumático, ya que “esta primera ligadura, que Freud plantea como una primera inscripción, en términos de Lacan podríamos pensarlo como un pasaje entre real y simbólico” (p. 44). Cuando lo propio de este segundo tiempo es logrado, “esta energía pura se habrá convertido en un agujero con borde significativo” (Heinrich, 1993, p. 45). Sin embargo, en los casos que nos interesan, al fallar la inscripción y pasaje a lo simbólico por ausencia del Juicio del Otro (tercer tiempo), no habrá borde significativo que permita encauzar esta energía libre permaneciendo como trauma siempre actual. Cuando fracasa la inscripción de lo traumático, no podrá ser elaborado mediante las leyes del inconsciente, por lo tanto, ni reprimido, ni sintomatizado, ni olvidado, etc. Las actuaciones, impulsiones, adicciones y demás, son modos de revelar este fracaso de inscripción y su intento reiterado y fallido de lograrla. No son una manifestación de deseo, sino que dan cuenta de un goce, de una satisfacción pulsional.

En Silvia Amigo (2005) leemos que “cuando fracasa la operación literal imaginaria y no hay concurrencia del registro imaginario a la función de consolidación del fantasma, la recuperación de goce no puede ser hecha según ley y se lleva a cabo mediante la ruina impulsiva” (p. 273). Nos volvemos a encontrar con que la falla de inscripción, en este caso del $-\phi$, traerá el mismo desenlace. Aquello que expresamos como trauma siempre actual, acá lo leemos como “herida abierta y dolor crónico intramitable. Hueco sin borde que drena improductivamente la libido” (Amigo, 1995, p.

7).

16

Conclusiones

Finalmente, llegamos al último paso, donde nos toca, justamente, hacer un re paso de todo aquello que hemos ido desarrollando, para sopesar qué podemos “sacar en limpio” de nuestras reflexiones finales. Para esto, consideramos pertinente ir decantando las conclusiones que extraemos de cada etapa de nuestro recorrido.

En la primera parte, ligada a la introducción, mostramos nuestro corrimiento respecto a la forma ampliamente mayoritaria e histórica en la que venía siendo abordado uno de los conceptos fundamentales del tema. Tal deslizamiento nos permite, en retrospectiva, una primera reflexión. Esta postura mayoritaria que considera al border como aquel “entre estructuras” lleva implícita una idea que ha pasado desapercibida o sobre la cual no se ha sembrado la duda: el dar por hecho que neurosis y psicosis están, necesariamente, “una al lado de la otra”. Sacar al “borderline” de ese limbo entre estructuras nos permite, entonces, interrogar este supuesto.

En la presentación del cuadro mostramos en detalle las manifestaciones psicopatológicas principales en estos sujetos. Manifestaciones que necesitaban ser precisadas en tanto no podemos considerarlas exclusivas de lo “border”. De este primer apartado del desarrollo extraemos, también, algunas conclusiones. Consideramos que, según lo desarrollado, tenemos derecho a diferenciar al “border” de las otras estructuras. En primer lugar, porque su presentación da cuenta de rasgos que, por exceso o por defecto, los llevan a quedar por fuera de la tripartición estructural clásica. En segundo lugar, porque dilucidamos que esos “síntomas”, los cuales no podíamos considerar exclusivos de estos pacientes, sí tienen una particularidad que nos permite reunirlos, aquello que llamábamos una “desconfianza en el significante”. Estos no son manifestaciones de deseo, ni formaciones del inconsciente, sino que dan cuenta de un retorno en lo real (diferente a la forclusión del

significante del Nombre del padre) de aquello que insiste en hallar inscripción.

El énfasis de nuestro siguiente apartado, en el que interrogamos la estructuración de estos sujetos, está puesto en mostrar cómo esa modalidad de retorno tan particular está directamente ligada a aquello que falló en los tiempos de inscripción que hacen a la estructuración psíquica. De esto decantamos algunas reflexiones que hacen tanto al tema como a los contenidos de las psicoanalistas en las que apoyamos nuestro recorrido. A pesar de las diferencias entre los planteos de las autoras, nos autorizamos a decir que ambos desarrollos son sumamente solidarios. Éstas parten de considerar la estructuración psíquica como algo que se da en más de un tiempo, es decir, que no ocurre de una vez por todas. Además, ambas llegan a plantear tres tiempos sumamente articulables, encontrando también que, en estos sujetos, algo de esos tiempos es fallido, donde la posibilidad del segundo tiempo solo será lograda por la

17

eficacia del tercero. Ahora bien, es solo a partir de articular ambos desarrollos que encontramos otro paralelismo: en ambas autoras, el tercer tiempo refiere al accionar del Otro sobre el sujeto, es decir, es la particularidad de la relación temprana con el Otro (ausencia de “Juicio del Otro” y “maldecir/injuriar en el narcisismo”) la que determina, en estos casos, la ineficacia de este tiempo. En este punto, cabe remarcar que, cuando hablamos de tiempos de inscripción, pensamos una temporalidad lógica y no solo cronológica (lineal). Entonces, de la misma manera que por efecto de retroacción (modificando lo anterior) una oración solo determina su significación llegada al punto, a este nivel, el segundo tiempo solo es posible a partir de un tercero. La otra conclusión que extraemos de este apartado es, quizás, más evidente. Aquello que en nuestra hipótesis señalamos como una de las caras de la moneda, el des-borde estructural, en el sentido de lo que quedó sin bordar, es lo que en esta parte del desarrollo describimos, justamente, como lo fallido en esos tiempos de inscripción. En Heinrich (1993) más relacionado a la imposibilidad de ligadura y elaboración de lo traumático, que no podrá ser retraducido en términos simbólicos; y en Amigo (2005) como fallo en la escritura del $-\phi$, que impide armar un imaginario fantasmático y darle un objeto al deseo, quedando el sujeto tomado entero en esa posición. Encontrando en ambos casos, como consecuencia, una modalidad de retorno ligada a la satisfacción pulsional directa, al goce.

Lo que detallamos en el tercer apartado del desarrollo está directamente relacionado con la otra cara de nuestra hipótesis (y como ésta es consecuencia del punto anterior), el des-borde en términos sintomáticos, es decir, cómo esos cambios bruscos de humor, la impulsividad, las ingestas exageradamente excesivas o pobres y los pasajes al acto, dan cuenta de una ausencia de barreras, de una imposibilidad de

refrenar y encauzar los impulsos. De lo expuesto en esta sección y apoyados en las formalizaciones de las autoras trabajadas, entendemos estar en condiciones de afirmar una de nuestras conclusiones más taxativas: encontramos una relación directa entre lo fallido de esas inscripciones y la ausencia de bordes. Los bordes de los que se trata son los de la escritura, que, como mostramos, pueden haber fracasado en su trazado. Una inscripción lograda, permite armar un agujero con bordes significantes y encauzar el impulso, mientras que, su fracaso, implica entonces, una herida abierta y un dolor crónico intramitable, un agujero sin bordes que drena improductivamente la libido.

Antes de concluir, nos quedan unas últimas reflexiones en el tintero, reflexiones que, en este caso, surgen a partir de considerar la totalidad de lo trabajado. En primer lugar, señalar que estos pacientes, en los que hipotetizamos el desborde tanto estructural como sintomático, llevan, además, a un desborde tanto de la clínica psicoanalítica como de los conceptos usados comúnmente para tratarlos. Exigen una

18

revisión de los desarrollos y abordajes tradicionales, demasiado centrados, quizás, en neurosis, psicosis y perversión; pero, más importante aún, nos llevan a la necesidad de descompletar la clasificación estructural tripartita clásica y a reservarles un lugar propio. En segundo lugar, considerando lo anterior, marcamos otra diferencia. El síntoma neurótico, tal como lo conocemos, tiene una cara real, de goce y una cara simbólica, que permite descifrarlo, interpretarlo, jugar con el equívoco y el vaciamiento de sentido. Mientras que, las manifestaciones de estos pacientes, las leemos solo por su cara real. Considerando esto, entendemos que un abordaje de estos pacientes en análisis implica un trabajo de bordado de ese borde faltante. Borde que, como decíamos, es significativo. Se trata de un cambio de registro, de real a simbólico, para que algo de eso que insiste se inscriba, a partir de instaurar lo que leíamos como ligadura simbólica de lo traumático, mediante el armado de una trama simbólica e imaginaria.

Por último, para darle cierre a nuestras conclusiones, queremos decir que nuestro recorrido ha valido fervientemente la pena. A pesar de que entendemos haber planteado argumentos válidos, no podemos dar por sentada la validez absoluta de nuestra premisa; aun así, consideramos que no es una que pueda ser descartada rápidamente, sino más bien, una a ser profundizada. Las lecturas que realizamos sobre las autoras señaladas nos brindaron las piezas claves para armar nuestro rompecabezas argumentativo y, aunque una investigación más exhaustiva del caso lleve finalmente a descartar nuestra propuesta, entendemos que, con esta, logramos dar en el blanco en más de un aspecto en lo que respecta a la esencia de estos casos. La estructuración fallida, los impulsos irrefrenables y los bordes no tan claros, podrían resumir esa esencia. Esta, que tampoco era tan clara para nosotros al

comienzo del recorrido, fue sorprendiéndonos y entusiasmándonos a medida que cada paso argumentativo daba cuenta de haberla captado correctamente.

Referencias bibliográficas

- Amigo, S. (1995). El análisis en los bordes: Apuntes estructurales y clínicos. *Reunión Lacanoamericana de psicoanálisis*, (pág. 9). Buenos Aires.
- Amigo, S. (2005). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Bilbao Ramírez, R. (2009). Revisión Histórica-Conceptual de los Estados Límites de la Personalidad desde una perspectiva Psicoanalítica: Encuentros y Desencuentros. *Revista de Psicología GEPU*.
- Bilbao Ramírez, R. (2011). Estados límites de la personalidad: subjetividad posmoderna. (*Tesis de doctorado*). Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Cassareto, A. (1999). El psicoanálisis en los bordes. En O. Delgado, *Los bordes en la clínica*. Buenos Aires: JVE Ediciones.
- Cosentino, S., Arias, E., & Pérez Testor, C. (2017). El trastorno límite de la personalidad en psicoanálisis: la evolución teórica de los orígenes a la mentalización.
- Freud, S. (1948a). Los instintos y sus destinos. *Obras Completas Volumen I*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1948b). Más allá del principio de placer. *Obras Completas Volumen I*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1989). *Sinopsis de las neurosis de transferencia*. Barcelona: Ariel.
- Heinrich, H. (1993). *Borde<R>S de la neurosis*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Lacan, J. (2008). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.

